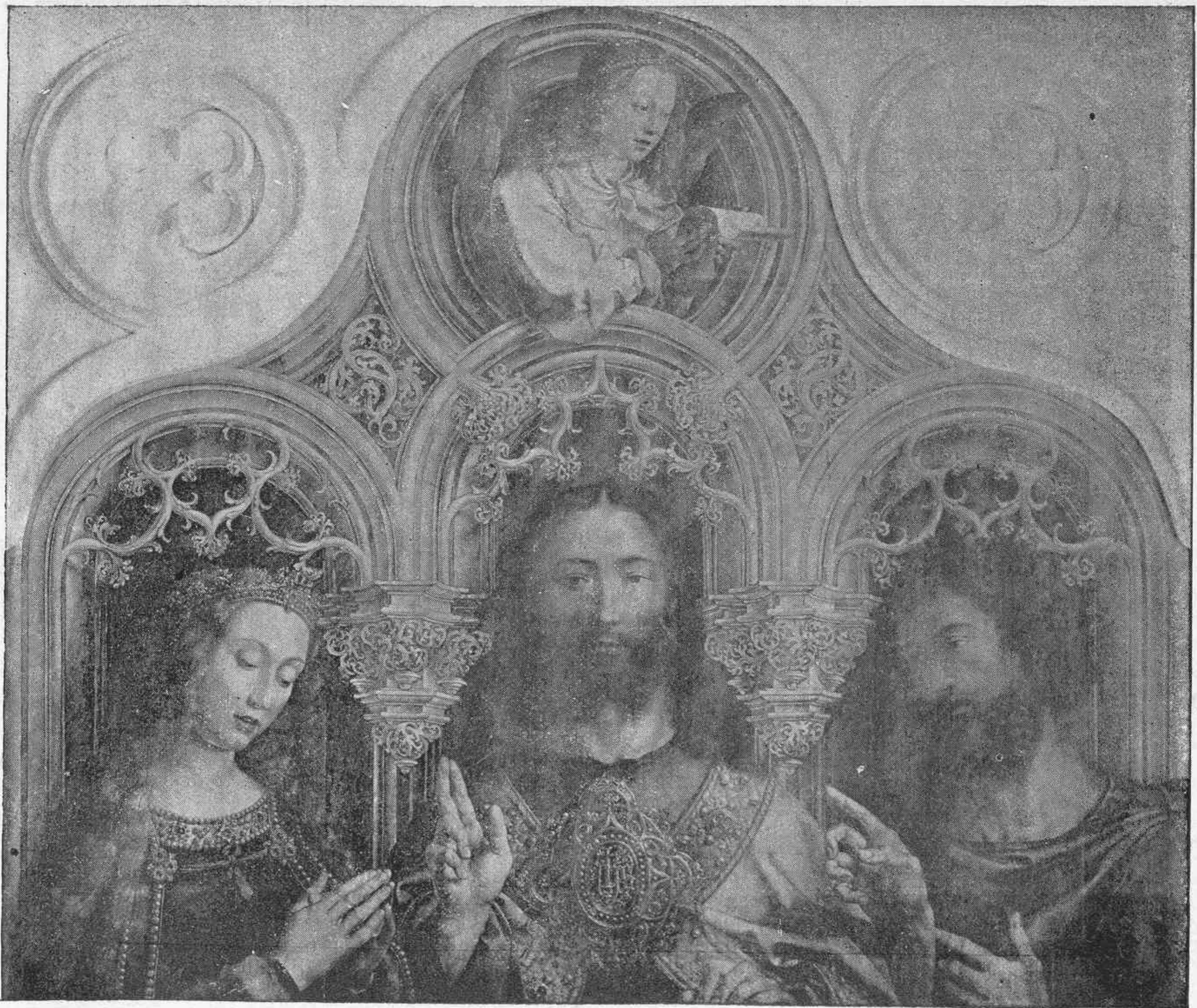




SEMENARIO ILUSTRADO

JOYAS DEL ARTE ANTIGUO



EL SALVADOR, LA VIRGEN Y SAN JUAN, CUADRO DE QUENTIN MASSYS, EXISTENTE EN EL MUSCO DEL PRADO.

COMENTARIOS



os que os agitáis por recorrer en estos días santos las iglesias de Madrid, y más particularmente aquellas en que la devoción presenta cierto carácter mundano y aparatoso, y origina *compromisos* antes satisfechos por la galantería ó por el bien parecer que por la verdadera caridad cristiana, que sabe Dios si hace falta ahondar para encontrarla en donde hallarse debe; los que tomáis el tren botijo con dirección al Sur, mezclando en vuestra acalorada mente las mil ideas y las cien mil sensaciones que evoca este mágico nombre de *Sevilla*, palabra en la cual, como en los capiteles mudéjares, bajo las lacerías de los prolijos artistas moros se advierte aún el relieve de la hoja de acanto ó el bulto saliente de la voluta jónica, aunque, ni en los capiteles ni en las palabras *Hispalis Sibilis*, *Sevilla*, se note nada que trascienda á cristiano viejo; los que, más modestamente, compráis vuestro billetito para Toledo, veis la venerable ciudad en los días menos á propósito para apreciar su hermo-

sura robustísima y austera y tornáis á la corte desengañosos, defraudados y pesarosos, mal comidos y despeados y renegantes; los que preferís arriesgaros nada menos que hasta la floreciente y perfumada Murcia por ver los incomparables *pasos* de Salcillo, ó hasta Lorca por admirar el lujo teatral y la esplendidez propiamente levantina de las cofradías, que se dejan muy atrás, en cuanto á esto, á las sevillanas; los que vais á Zaragoza por escuchar con recogimiento á la vez religioso y artístico las frases inspiradísimas del *Miserere* de Olleta, en las que la ruda fe del pueblo más enérgico de la tierra encuentra su fórmula acabada....., todos dais muestras de ser incapaces, por lo menos en este año, para interpretar recta, sencilla y cristianamente lo que es, lo que ser debe la Semana Santa.

Hagan de ella un pretexto para exhibiciones, comilonas, viajecitos y deportes de todas clases quienes de tal modo crean cumplir los deberes religiosos, y al mismo tiempo los *sociales*, aun cuando la relación de éstos con aquéllos no esté muy clara, que digamos; pero los puros de corazón, los libres de prejuicios y de *exigencias*, cuya verdadera índole no es posible determinar, piensen y pongan por obra durante la Semana Mayor algo útil, aun cuando sea trabajoso y duro de realizar. Si durante algunos días se da tregua á las arremetidas del luchar cotidiano, dedíquense estos días á la contemplación mística..... de las muchas desgracias que es preciso evitar, de las muchas heridas que es necesario sanar, de los muchos agravios á la razón y á la justicia que es indispensable satisfacer.

De nada sirve la fe sin obras, ni la contemplación extática es propia de estos tiempos terriblemente dinámicos. Cuando la Iglesia cubre los altares, tapando las imágenes sensibles en las que encarnan los poderes más altos ó las virtudes más heroicas, no intenta que el hombre se abstraiga de todo pensamiento particular y se eleve á las regiones de lo increado, sino, al contrario, que vuelva sus ojos á los otros hombres pacientes como él y contemple el drama eternamente renovado y eternamente nuevo de la humanidad pecadora, redimida y pecadora otra vez; drama concentrado por nuestro peregrino poeta Campoamor en aquellos dos versos, ya populares, como otros muchos de él:

«Pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta á empezar.....»

Y quien dice *pecar y hacer penitencia*, dice errar y rectificar el error para errar de nuevo ó prevaricar, hacer justicia y tornar á la prevaricación ó traicionar, jurar lealtad y hacer traición á este juramento....., con otras cien variantes del *pecar y del hacer penitencia*, fórmula que todos los días se desarrolla y adquiere nuevos y muy complicados matices, ninguno bueno.

¿No es la Semana Santa sazón muy oportuna, lector discreto, para que nos preocupemos de las penitencias inmerecidas, de las redenciones no consumadas, de las pasiones y muertes que presenciarnos todos los días con absoluta indiferencia, cual si las víctimas no fueran, como nosotros, hijos de Dios?

Por lo general, los predicadores no suelen fijarse en esto, que es elementalísimo, y además de elemental positivo, útil, de aplicación directa. Prefieren seguir los senderos más trajinados y aplicar la regla empírica de *á mal Cristo, mucha sangre*, tan usual entre nuestros Orbanejas: con lo cual piérdese ó desvirtúase el efecto de la predicación.

Cuando la gente se convenza de que, en efecto, la pasión y la muerte son cosa actual, cosa más humana que ninguna otra, veremos quién se obstina en recorrer mesas de peticionario con el sombrero en una mano, el duro consabido (y sevillano, si es posible) en la otra, y la sonrisa rasgada de oreja á oreja; veremos quién sigue preparando la cesta de los fiambres para el viaje á Toledo ó á Sevilla, y quién sigue *empalmando*, en este último punto, la Semana Santa con los jolgorios de la Feria y las procesiones con las corridas de toros. Claro es que nunca pesará mucho la idea de la *pasión* en el ánimo de quien es fuerte para padecer, ni dejará mucha huella el espectáculo de la muerte en quien no tiene apego á la vida; pero bueno es fijarse en que

si hoy padecen y mueren tantos millares de hombres, y los más de ellos por causas que sólo á medias vislumbran, todo pudiera remediarse aún sólo con meditar y explicarse de qué manera y por qué padeció Uno sólo, de Quien, según cierto interesantísimo cuento de Anatolio France, tal vez el propio juez que le sentenció, Poncio Pilato, no se acordaba diez y ocho ó veinte años después.

Desmemoriados, como el Pilato que Anatolio France tan prodigiosamente saca á relucir en su cuento, abundan más de lo que convendría: tal vez, más tardos aún de voluntad que de memoria, y á éstos, no á otros que meten más ruido, es á quienes conviene recordar cómo los hombres sufren, cómo los hombres



LA VIRGEN DE LOS DOLORES, CUADRO DE VAN DYCK.—(Museo del Prado.)

mueren, á pesar de todo cuanto se ha hecho y se ha dicho. A ellos hay que decirles, porque afectan ignorarlo, que aun abundan y son plaga los escribas y los fariseos; que aun hay muchos espinazos que se doblan para adular, y, lo peor, muchísimos que no sólo se doblan, pero se derrengan ó se rompen para soportar las cargas más viles y más onerosas; que muchos seres humanos no recorren cierto día la calle de la Amargura, sino que parecen haber nacido en ella y estar recorriéndola sin cesar, hasta la última caída; que millares y millares de criaturas sienten sed perpetua, inextinguible, y para ellos no hay ni una esponja mojada en vinagre; que á otros muchos infelices, anémicos y desmedrados, no les saca la sangre del endeble cuerpo la misma lanza de Longinos; que no pocos son los que no han llegado á escuchar voz alguna, alta ni baja, que les diga *quién es su madre*; y que aun la mayoría, ciega y sorda, suele, con aterradora frecuencia, olvidar la sencilla observación del Evangelista respecto de Barrabás: *Erat autem Barabbas latro*

De estas y de infinitas cosas más podían y debían hablar los predicadores. Más fuerza ha de tener siempre el referir animadamente lo que en la actualidad ve el vigilante y olvida el descuidado, que el levantar *construcciones* oratorias descoloridas y copiadas de cualquier librito, ó lanzarse á la improvisación, sin tener para ello *las generales de la ley*, y otras que, aun cuando no estén marcadas en la ley, son de gran necesidad.

F. NAVARRO Y LEDESMA.



CRUCIFICADO

DESDE LA FÁBRICA

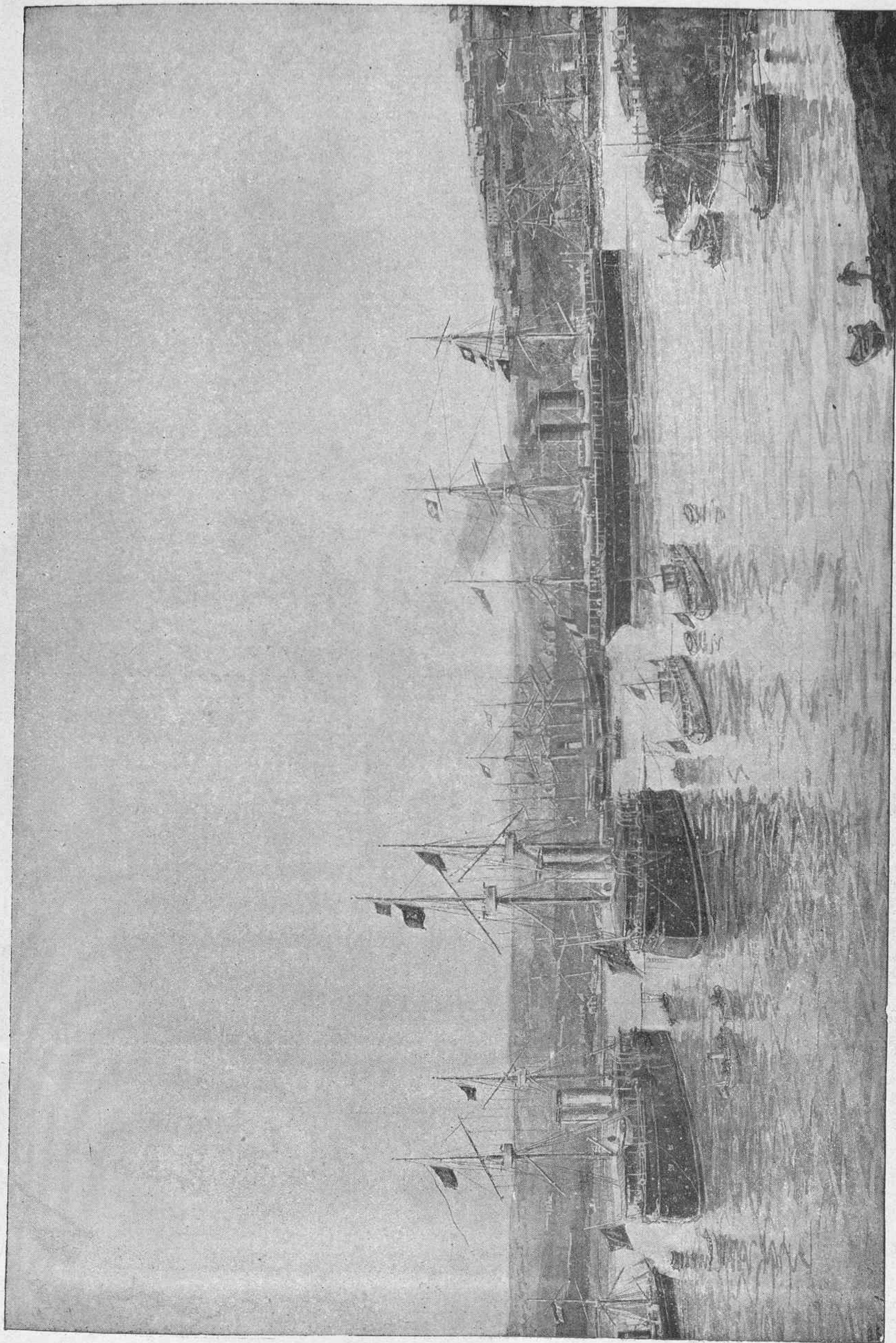
¡Un lingote de hierro pesa tanto como una Cruz! Señor, tú que has sufrido el escarnio y la muerte, has aprendido que toda pena la redime el llanto.

Esta cruz del trabajo es tan pesada, tan dura de llevar, tan apremiante que no tenemos, ¡Padre! ni un instante para volver al cielo la mirada.

¡Señor, yo clamo á ti desamparado! Se levanta hacia ti, fiero, iracundo, este mundo irredente y desquiciado. Quiere tu sangre, manantial fecundo.

.....
¡Baja otra vez á ser crucificado!
¡Vuelve, Señor, á redimir el mundo!

MANUEL PASO.



MAHÓN.—LA ESCUADRA DE INSTRUCCIÓN SURTA EN EL PUERTO, TRIBUTANDO LOS HONORES FÚNEBRES EN LA FESTIVIDAD DEL VIERNES SANTO.—Dibujo de A. de Caula.

TIPOS DE MADRID



Ernesto Gutiérrez
Madrid.

EN JUEVES SANTO.

AQUA BENEDICTA

Una mujer—como se lee en el Antiguo Testamento— tenía que quebrantar la cabeza de la serpiente para que su Hijo salvara lo que perecía; llegó en la historia del mundo el instante supremo de la Redención, predicho por los Profetas, y Jesucristo sufre y muere con el fin de pagar la deuda infinita que no podían satisfacer todos los hombres juntos de la tierra.

El paganismo desaparece al rudo golpe del Unigénito Dios, que nace hombre para enseñar la verdad, instituir *la ley nueva* y para abrir, por los méritos de su pasión, de su agonía y de su muerte, de par en par las puertas de la gloria á los hombres de buena voluntad que, redimidos de la esclavitud del demonio, se acojan á sus enseñanzas y misericordias.

Jacob profetizó la venida del Mesías cuando el cetro hubiera desaparecido de Judá; Daniel, al final de las setenta semanas del edicto de reedificación de Jerusalén; Ageo y Malaquías, cuando existiera Jerusalén y el Templo.

Jesucristo estableció personalmente los Sacramentos de la nueva ley, dotándoles de gracia y de eficacia para obtener con el perdón de la culpa original y voluntaria la salvación eterna; el Bautismo es el Sacramento indispensable y primero.

Quien salió del reino de Dios, santidad infinita, no necesitaba para volver á él ser bautizado, y, sin embargo, por humildad y para ejemplo, lo fué por su precursor el Bautista.

Según el Evangelio de San Juan, Cristo dijo á Nicodemos: «El que no renaciere por el Agua y por el Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios.»

Desde los primeros siglos de la Iglesia data la bendición del agua en el Sábado Santo.

Destinóse á bautizar solemnemente á los catecúmenos en la noche que precedía á la Pascua de Resurrección, en recuerdo del paso del mar Rojo. También se bendecía y bautizaba la víspera de la Pascua de Pentecostés, conmemorando el tránsito á la ley nueva. Á los recién bautizados se les vestían túnicas y ropajes blancos, símbolos de la inocencia y de la libertad espiritual que recuperaban, y se les hacía beber leche y comer miel para mostrarles que habían entrado en la verdadera *tierra de promisión*.

El agua bendita se empleaba además en la Edad Media para purificar en el pórtico de los templos el cuerpo del guerrero salpicado de sangre en los combates, antes de penetrar en la casa del Señor.

Siempre se repartió á los fieles, aunque sin mezclarla con los crismas santos, y jamás faltó en el domicilio del cristiano, para rociar con ella su frente y sus campos, y para contrarrestar el embate de las asechanzas del enemigo.

Hoy, siguiendo tradicionales y piadosas costumbres, nos santiguamos con ella al penetrar en las iglesias, repitiendo en guisa de oración, con fe y con esperanza: *Aqua benedicta sit nobis salus et vita!* El agua bendita sea para nosotros salud y vida.

BERNARDINO DE MELGAR,
Marqués de Benavites.

¡SITIO, TENGO SED!

Dijo con acento sublime nuestro adorable Redentor momentos antes de consumir el sacrificio de su vida en la cima del monte Calvario.

No necesitamos acudir á los sagrados expositores para convencernos de que aquella sed que abrasaba las entrañas del Salvador, aunque natural consecuencia del sufrimiento y compañera inseparable de la agonía de la muerte próxima, era símbolo de otra sed más fuerte, más intensa, más insaciable que la sed natural, de la que Jesús no se hubiera quejado nunca, como no se quejó de sus crueles dolores. Es indudable que la sed que hizo exclamar á Jesús *¡sitio, tengo sed!*, con un acento que tenía menos de triste y suplicante que de bondadoso y paternal, no fué exhalado á impulso de los dolores físicos que sufría con divina resignación, sino de un dolor espiritual, divino, propio sólo del Dios-Hombre. No: el *sitio* del Mártir del Calvario no era la expresión del fuego de la fiebre que le consumía, era la expresión del amor infinito que ardía en su corazón de Padre, y Padre por excelencia. Por eso, mientras el acento de dolor de cualquier moribundo es débil, lánguido, apagado, y solamente excita sentimientos de lástima y compasión, el *sitio* de Jesús, poderoso, enérgico y atronador, como la explosión del trueno que anuncia la tempestad, llena

de sublime admiración al mundo y derrama sobre la humanidad abundantísima lluvia de consuelos. El ¡ay! del dolor físico es signo de miseria y de muerte; el *sitio* del Redentor del mundo, el ¡ay! del amor, es signo de salvación y fuente de vida eterna. No en vano exclamó Jesús: *¡Sitio, tengo sed!*, cuando iba á lanzar su último suspiro, al derramar, por redimir al hombre, la última gota de su sangre preciosa.

Pero ¿de qué tenía sed el Salvador? ¿De sufrimientos? No ciertamente, porque había bebido hasta las heces del cáliz amargo de la pasión. ¿De misericordia? No, porque iba á morir por la salvación del mundo; y como si esto no fuera bastante, dejábale encomendado al Dios de la bondad, su Padre y nuestro Padre, y á la Madre de la Misericordia, María, su Madre y Madre nuestra. Pues ¿de qué tiene sed aún nuestro amabilísimo Jesús? ¿Por qué momentos antes de anunciar solemnemente que *todo está consumado*, exclama, con voz que se oye en todos los mundos: *¡Sitio, tengo sed!* Porque su sed es de amor, y, por consiguiente, infinita, insaciable. Porque ve que á pesar de su infinito amor se han de condenar muchos hombres, porque no han de querer aprovecharse de los frutos de la redención por falta de fe, que es el agua que pide con tanto afán desde la cruz, cuando exclama, dirigiéndose particularmente á los judíos: *¡Sitio, tengo sed!*

Y como el crimen de los judíos se reproduce diariamente en los cristianos, desde el cielo, desde su trono de gloria nos dice por medió de nuestra madre y su esposa la Iglesia: Amados de mi alma, *¡Sitio!*, tengo sed de vuestra eterna salvación, creed en mí.

Cristianos tibios, indiferentes, que halagados por los placeres sensuales y entretenidos por las vanidades y locuras del mundo, no os aprovecháis de mi sacrificio, escuchadme: *¡Sitio!*, tengo sed de fe, tengo sed de vuestra eterna salvación. Incredulos empedernidos é insensatos, que cerráis obstinadamente los ojos de vuestra razón á la luz de la verdad y marcháis al abismo de la perdición, *¡Sitio!*, estoy sediento de fe, deseo ardientemente vuestra eterna salvación.

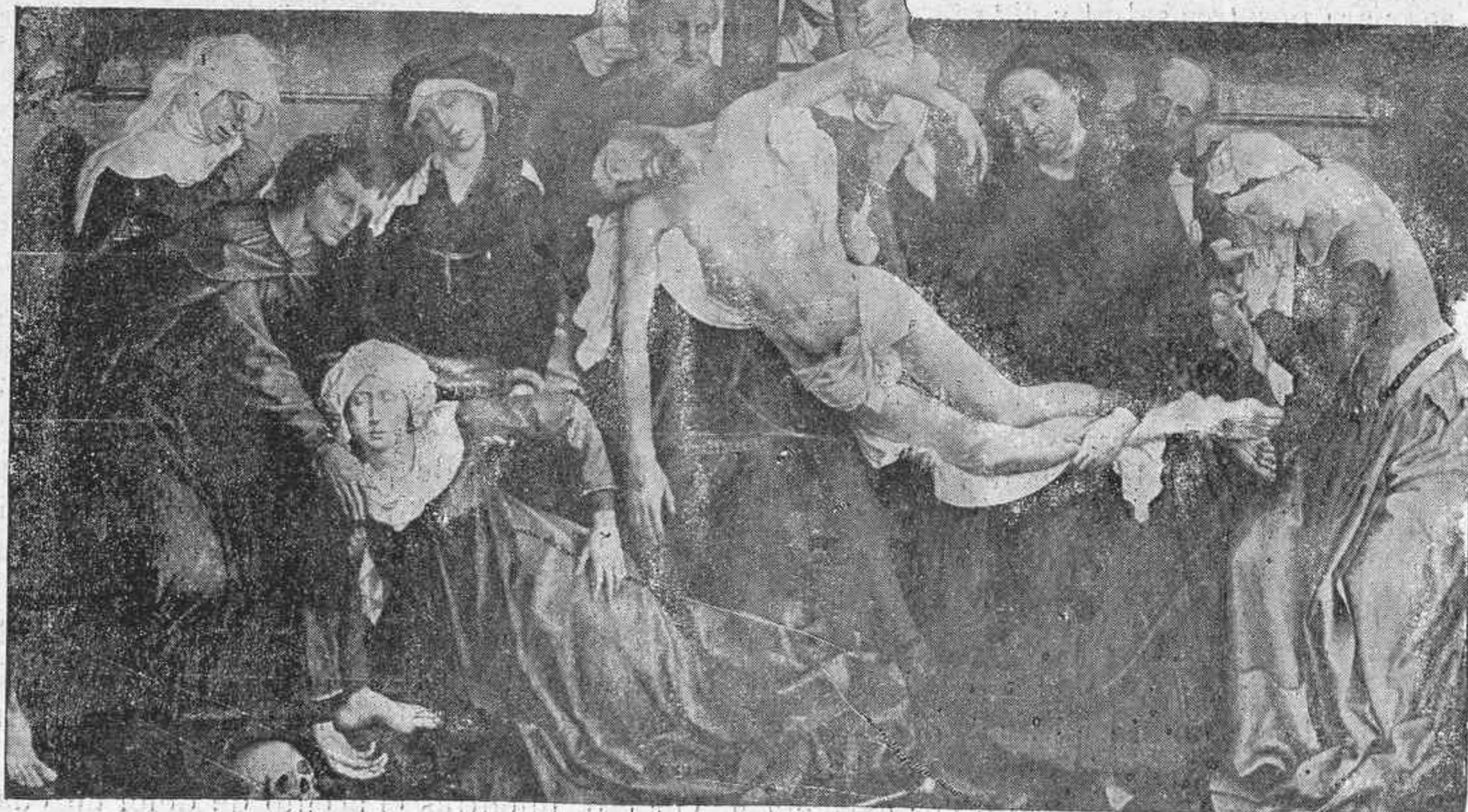
Herejes soberbios, que repitiendo el fatal *non serviam* de Luzbel, renunciáis á mis infinitos méritos, y convertidos en apóstoles de la mentira os precipitáis con vuestros incautos secuaces en las tinieblas sempiternas de la muerte; sabedlo bien: *¡Sitio!*, tengo sed de vuestra fe, de vuestra conversión, de vuestra salvación eterna.

Pecadores desgraciados, que hacéis estéril mi preciosa sangre, la sangre de vuestro Dios, tan generosamente derramada por vosotros, oidlo también, y no lo olvidéis nunca: *¡Sitio!*, tengo sed de vuestra conversión, de vuestra fe, de vuestro amor, de vuestra dicha.

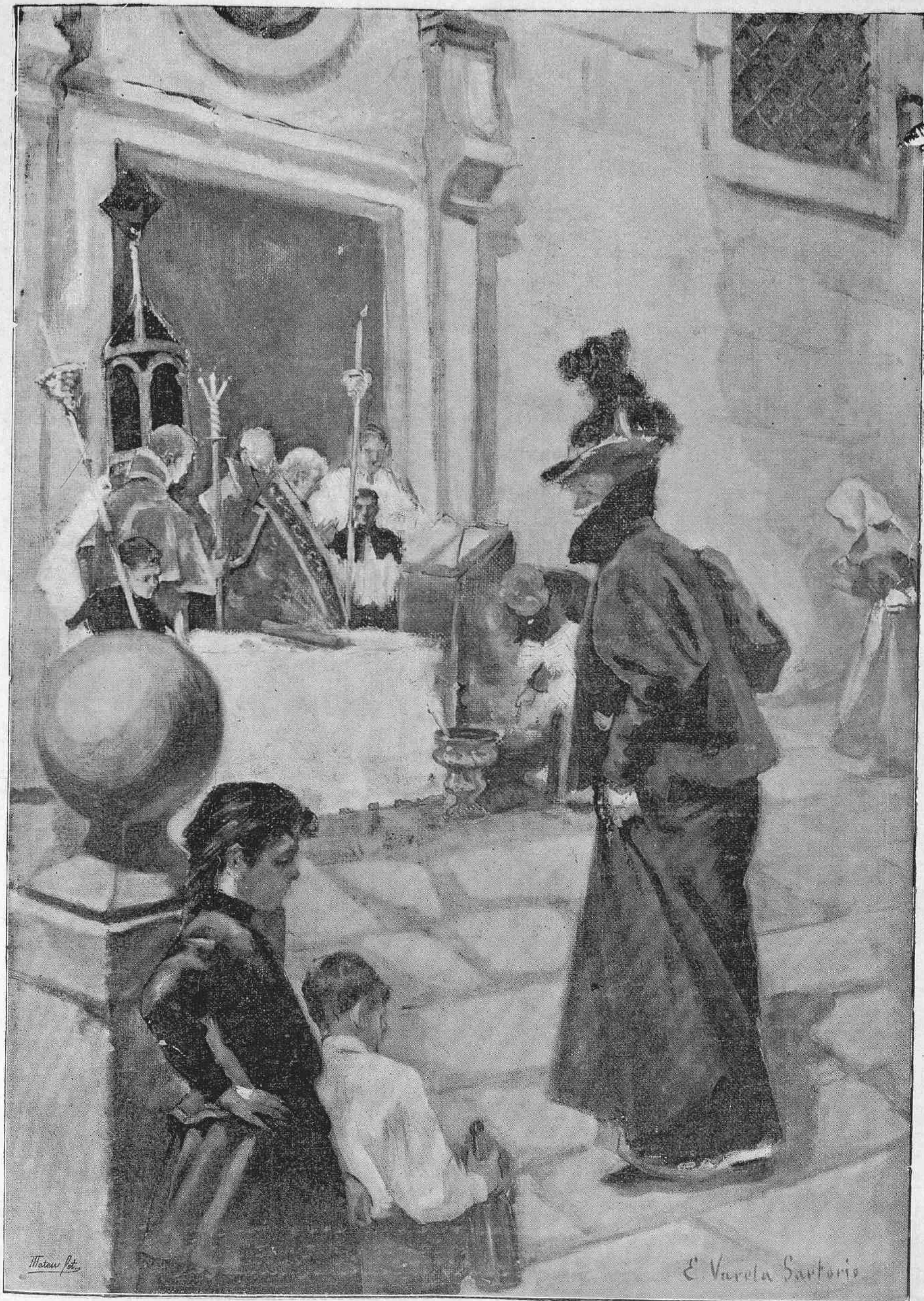
¡Sitio, tengo sed! No olvidemos esta sublime palabra del Dios de las misericordias; y apresurándonos á satisfacer su sed de amor y de fe con obras de fe y lágrimas de penitencia, esforcémonos en hacernos dignos de oír de los benditos labios del Salvador en aquel momento terrible, en que

tampoco pensamos ahora, y de que penderá nuestra eterna dicha, ó nuestra condenación eterna: *Venite, benedicti Patris mei..... quia sitiivi et dedistis mihi bibere: Venid, benditos de mi Padre....., porque tuve sed y me disteis de beber.*

ANDRÉS CASADO, S. P.



VAN DER WEIDEN. — EL DESCENDIMIENTO.



DISTRIBUCION DEL AGUA BENDITA EL SABADO SANTO, DIBUJO DE E. VARELA SARTORIO.

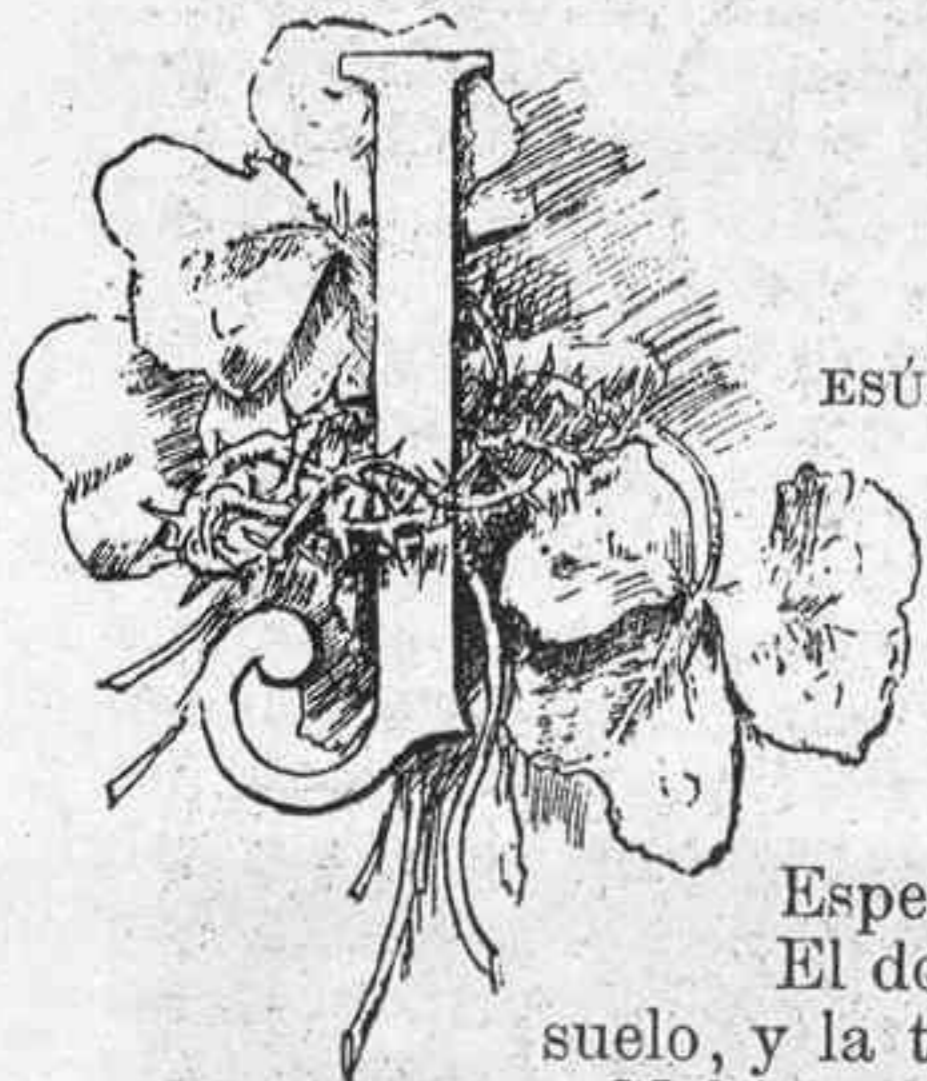


LA VUELTA DEL CALVARIO, DIBUJO DE BENEDITO.



«SED TENGO», DIBUJO DE CUTANDA.

EL TRÉBOL DE JUDEA



JESÚS y los discípulos salieron de Jerusalén por la puerta Doria, y cruzando el torrente Cedrón, tomaron el angosto sendero que conduce al monte de las Olivas. Serían las diez de la noche.

El viento soplaba frío, impetuoso, como un bronco lamento de la Naturaleza, quebrándose en las rocas del valle de los Cedros.

Los buhos entonaban su tétrico canto desde el sepulcro de los Profetas.

La luna comenzaba a elevar su frente por las espaldas del monte Erego.

Espesos nubarrones recorrían por el éter, anunciando una próxima tempestad.

El doloroso silencio de Jesús, que caminaba delante con la frente inclinada hacia el suelo, y la tristeza de la noche, oprimían el afligido espíritu de los Apóstoles.

Habían caminado unos cien pasos del torrente Cedrón, cuando Jesús se detuvo delante de una granja llamada Gethsemani.

Aquella granja estaba recostada en la falda oriental del monte de las Olivas.

Entonces Jesús dijo a Simón, Bartolomé, Tadeo, Felipe, Tomás, Andrés, Mateo y Santiago el Menor:

—Quedaos en este cercado. Yo voy a orar allí.

Y extendió el brazo en dirección al monte.

Después repuso:

—Velad y orad a fin de no caer en la tentación; y vosotros, Pedro, Jaime y Juan, seguidme.

Jesús, seguido de sus tres discípulos favoritos, entró por un agujero que había en la tapia de tierra que cercaba el jardín.

Después caminaron como unos setenta pasos.

Un rayo de luna cayó sobre la frente de Jesús.

Pedro hizo observar a sus amigos la palidez del Maestro.

El Galileo volvió a detenerse y dijo:

—Vosotros que me habéis seguido por todas partes, vosotros solos podéis ver mi debilidad sin dudar. Esperadme aquí: estos olivos, los más viejos del monte, os servirán esta noche de tienda.

—¡Pues qué! ¿Nos dejas, Señor?—preguntaron sus discípulos.

Jesús extendió el brazo en dirección a una gruta cuya entrada se hallaba medio oculta por la maleza.

—Yo voy allí—les dijo.

Y avanzando algunos pasos, entró en la gruta con el corazón oprimido.

Una vez dentro, arrojóse al suelo, y hundiendo la frente en él, comenzó a orar.

Una tradición, antigua como el mundo, refiere que los padres del género humano, cuando fueron arrojados del Paraíso, se refugiaron en aquella gruta.

Más tarde, según otra tradición, Adán y Eva fueron a gozar el eterno sueño de la muerte sobre la solitaria cima del monte Gólgota, donde, según se cree, están enterrados sus huesos.

Jesús oraba con la frente hundida en el polvo, cuando resonó en los ámbitos de la gruta el sonido de una trompeta.

Las bóvedas se estremecieron, la tierra tembló, porque aquel sonido tenía el poderoso acento del trueno, el eco espantoso del huracán desencadenado.

A su voz, los muertos deben un día agitarse en sus sepulcros.

Su acento poderoso llenará el universo, y la tierra, abriendo anchos boquetes, arrojará de su seno millones de esqueletos.

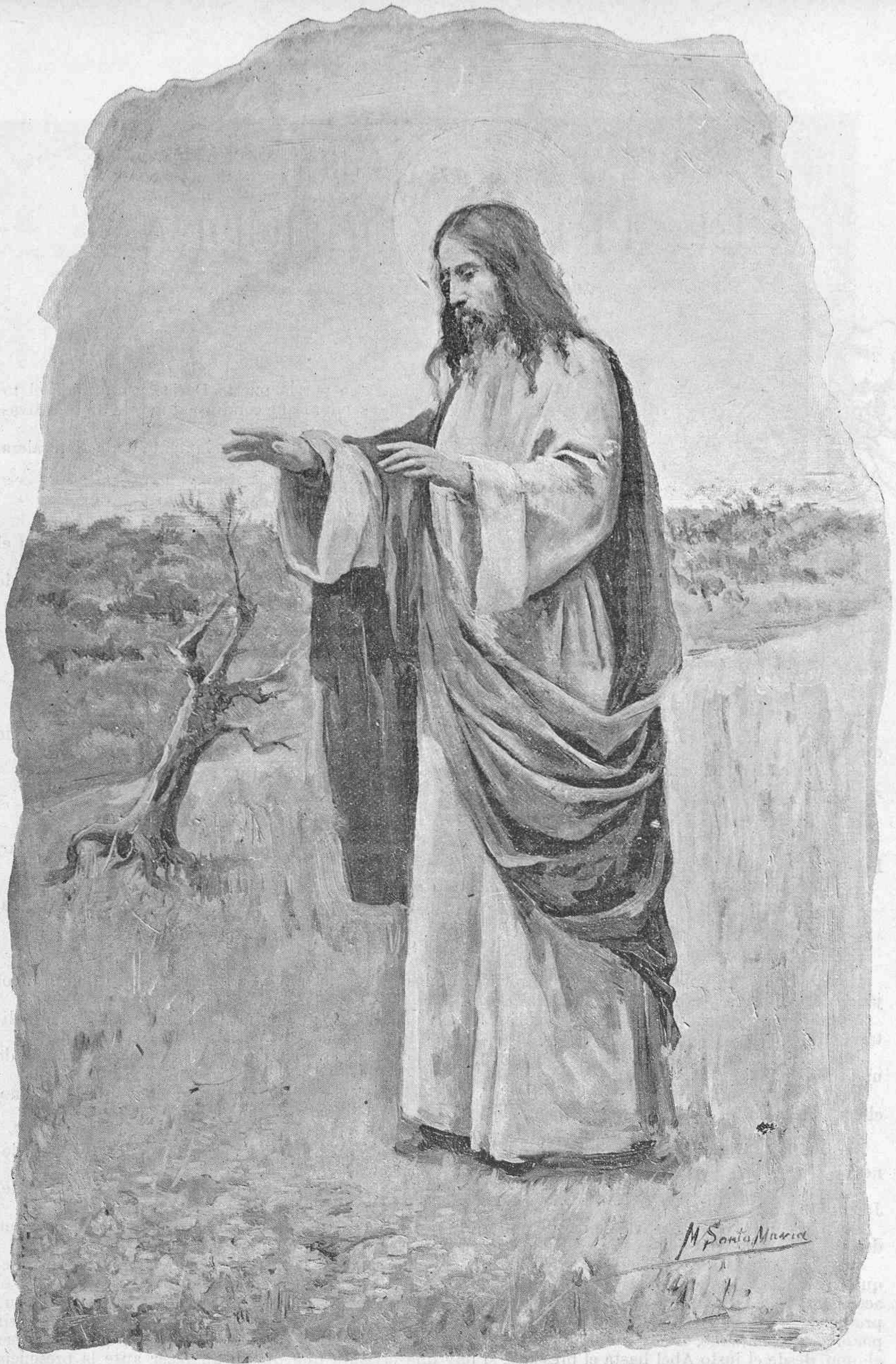
Porque la trompeta que aterró a Jesús en la gruta era la que debe convocar a los muertos en el día del Juicio final.

Cuando el eco de la trompeta se perdió en los ámbitos oscuros de la gruta, oyóse una voz poderosa que decía:

—Hijos de los hombres, escuchad la voz del que tiene la llave de la eternidad; oid la palabra de aquel que enfrena la furia de los mares y torna en céfiro blando el devastador aliento del huracán; escuchad el acento del que da la luz al sol, fruto a los campos, aroma a las flores; oid la palabra del Sér infinito, que presta poder a la muerte; y si existe bajo la luz que vivifica la inmensidad una criatura que quiera morir por el género humano; si hay un hombre que se atreva a soportar la muerte más dolorosa que sufrió sér alguno, desde el justo Abel hasta el presente; si hay una criatura que quiera aparecer ante la presencia de Dios, que responda: el Eterno le espera.

—Señor—exclamó Jesús,—mi cuerpo se halla dispuesto al sacrificio. Pérezca yo, rasguen los hombres mi carne en pedazos, si mi dolorosa muerte ha de salvar al género humano.

Entonces la bóveda de la gruta se abrió como para dar paso a las palabras del futuro Mártir.



Un rayo de luz esplendorosa descendió de los cielos. Aquella luz bañó con sus divinos rayos el cuerpo de Jesús, que permanecía orando, con el rostro pegado á la tierra.
Después tornó á juntarse la bóveda, y las tinieblas reinaron por segunda vez en la gruta,

Aquel rayo de luz celestial llenó de valor el corazón de Jesús.

Se puso en pie, y dijo con tranquilo acento:

—Cúmplase lo que de arriba emana: estoy dispuesto.

Entonces se abrió la tierra y apareció en la gruta el arcángel tentador.

Llevaba el traje blanco de los esenios, y la sonrisa irónica de los réprobos brillaba en sus labios.

—Heme aquí—dijo el arcángel;—por segunda vez vengo á ofrecerte mi protección; tu hora se aproxima. ¿Estás resuelto á morir por salvar las iniquidades del género humano?

—Sí—respondió tranquilamente Jesús.—Mi sangre lavará el pecado nefando de la humanidad; mi cruz será la llave de la Redención.

—¿Vas á echar sobre tus hombros el crimen nefando de Caín?

—Sí.

El arcángel exhaló un rugido de ira.

La impasibilidad del Nazareno le irritaba.

—Escucha—dijo después de una corta pausa—la sangrienta historia de esa raza que quieres salvar con tu sangre inocente, y dime después si es digna de tan heroico sacrificio. Después del alevoso asesinato de Caín, crucemos sin detenernos por un inmenso mar de sangre que cubren las gigantescas alas del diluvio universal. El castigo de Dios estaba cercano. Los rastros de la cólera divina veíanse aún en la tierra, cuando nació un Nemrod, que fué el ladrón más grande que desde el principio había pisado la tierra de los hombres; porque Nemrod, privando á todos de su libertad, se erigió señor por la fuerza y se hizo adorar como Dios, siendo un miserable asesino. Siguiendo la historia del pueblo elegido por Dios, nos encontramos con la rabia de Esaú para con su hermano Jacob, con la atroz perfidia de Simeón y Leví, con la infame venta del casto Josef. El ruido de las cadenas, los lamentos de dolor, no cesan nunca. Adonibech corta los pies y las manos á cincuenta señores, y los ata debajo de una mesa, diciendo que aquellos lamentos le ayudan á hacer la digestión; Abimelech, para ceñirse la corona, degüella sesenta hermanos; y el persa Artajerjes VIII, por el mismo motivo, asesina ochenta y cinco entre hermanos y parientes; Dalila, modelo de perfidia, vende á su esposo Sansón; Helí pierde á Israel por su torpeza; Saúl es devorado por la envidia; Athalia degüella los primogénitos de Judá; Amán es incestuoso; Absalón traidor, y Adonais fratricida; Salomón, su padre, llora amargamente en los últimos años de su vida la maldad de sus hijos. Detrás del rey poeta siguen en Israel diez y nueve tigres con la frente coronada; la tierra se enrojece con la sangre de las víctimas; el pueblo se empobrece con la codicia de sus tiranos, y la virtud huye avergonzada de la nación elegida. Después sigue Aristóbulo, que mató de hambre á su madre. Hircano, que quiere usurpar la corona á su padre, y la guerra civil devasta la Judea. El estandarte vencedor de Pompeyo recorre las tribus, vagando los indefensos descendientes de Jacob; y por último, Herodes el Grande cae sobre Israel como un azote. Su terrible cuchilla nada respeta; la sangre corre hasta en su mismo palacio, y la de sus mujeres y sus hijos se mezcla con la de los inocentes belemitas y la de su oprimido pueblo. El mismo templo de Sión se mancha con la del justo Zacarías. Con la tuya, ¡oh Jesús!, se manchará en breve la cumbre del Gólgota. ¡Y por esa raza de incestuosos, de fratricidas, de verdugos y asesinos vas á sacrificarte!

Luzbel soltó una terrible carcajada que hizo estremecer las bóvedas de la gruta.

En la frente de Jesús brotó una gota de sudor.

Aquella gota era roja como la flor del granado. El Nazareno sudaba sangre.

Alzó los ojos llenos de dulce resignación al cielo, y juntando las manos en ademán suplicante, murmuró:



—¡Dios mío, cúmplase tu voluntad!

Luzbel interrumpió su carcajada y exhaló un grito de dolor.

La mansedumbre de Cristo le despedazaba el corazón.

Tomó aliento como el que se dispone á luchar, y dijo:

—Ya que para convencerte no te bastan los crímenes célebres que ha perpetrado esa raza maldita que quieres salvar, escucha: Dios me concede sólo tres horas para ponerte á prueba; corto espacio de tiempo. Para recordarte las infamias del hombre se necesitarían mil días con sus noches; pero aprovecharé el tiempo. Ya has oído en extracto la historia criminal del pueblo predilecto del Señor. Ahora te iré revelando á la ventura la de otros países. Cambises, ciego por la ambición, sepulta un inmenso ejército en los desiertos arenales de Africa; Astelano asesina á Jerjes y acusa á Darío, que muere degollado por su hermano Artajerjes; Slatina, mujer cruel, hace matar á su suegra Perisatas; la concubina Aspasia revela á su señor Artajerjes II que uno de sus hijos la solicita, y aquel padre cruel ejecuta una horrible matanza; porque tuvo tres hijos legítimos y ciento doce bastardos. A este bárbaro le sucedió el asesino Artajerjes III, que extinguió su numerosa familia. Quinto Curcio asesina más tarde veintiséis hermanos. El cuchillo se embota en la mano de su eunuco Bogoas, pero el tirano le grita: «¡Mata! ¡mata!» Algún tiempo después, el veneno de Bogoas venga las víctimas de Curcio. El eunuco, aficionado á la muerte, prepara segunda vez el veneno para su nuevo señor; pero es descubierto, y le obliga á apurar la copa y muere; luego Alejandro, en el Asia, derrota á Darío; pero el puñal de Beso, su vasallo, corta el hilo de su existencia. Si diriges los ojos á la moderna república de Roma, ¿qué hallarás? Sangre como en todas partes. Rómulo mata á su hermano Remo; Numa Pompilio, siendo un farsante, se hace adorar por su pueblo; Tulio Hostilio, más que hombre es un lobo carnicero que ensancha las fronteras de Italia. Tarquino Prisco añade doce pueblos á la república, y muere á manos de sus hijos; Julia, la esposa de Tarquino *el Soberbio*, obliga á su marido á que mate á su madre, y después aplasta el cadáver bajo las doradas ruedas de su carroza; Appio Claudio se enamora brutalmente de la casta Virginia, y no pudiendo conseguir una caricia la manda degollar en una plaza pública en presencia de su padre; Mario y Sylva, con sus tablas de proscripción, derraman tanta sangre por las calles de Roma que el Tíber se desborda de sus márgenes; Julio César muere á manos del más querido de sus amigos, y Augusto, Marco Antonio y Lépido sacrifican á sus parciales, pero reinan juntos y se devoran más tarde; y Tiberio, el señor de Roma, manda crucificar á las madres por el solo delito de haber llorado la muerte de sus hijos.

Luzbel se detuvo. Jesús volvió á decir:

—Señor, hágase como deseas.

Un grito atronador brotó de la inmunda boca del demonio tentador, y dijo:

—¿Y no desprecias á esa raza?

—No.... Moriré por ella—repuso Jesús.

En aquel momento una segunda gota de sangre brotó de la divina frente de Jesús.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Préparate á presenciar la muerte del Justo. Su dolor será inmenso, su agonía dolorosa, su muerte cruel, pero su sangre purificará al género humano. Y vosotros, Apóstoles de Jesús, cuya fe inquebrantable os lleva en pos de los pasos del divino Maestro, preparaos para vuestro futuro martirio. Seréis la semilla cristiana que se extenderá por el campo del universo; pero vuestra muerte será terrible.

Después resonó un trueno pavoroso. El arcángel había desaparecido.

Jesús cayó de rodillas y se puso á orar. Una tercera gota de sangre humedeció su frente.

La bóveda de la gruta volvió á abrirse.

La luz del cielo bañó segunda vez el cuerpo del Mártir y los ángeles entonaron este canto:

—*Tu dolor sublime, tu sangre inocente, dará la paz al universo. ¡Gloria á Jesús en la tierra! ¡Gloria al Señor en los cielos!*

Jesús seguía orando, con la frente hundida en el suelo.

Dios oía sus súplicas, todas en favor de la humanidad.

Sus ruegos fueron atendidos, y la sangre que ofrecía por el pecado ajeno admitida.

Cuando Jesús se levantó, una de las gotas de sangre que manchaban su pura frente cayó en el cáliz de una pequeña y modesta flor que se hallaba á sus pies.

Iba á salir de la gruta, pues la hora de su prisión se acercaba y quería antes despedirse de sus tres discípulos favoritos, cuando oyó una voz que decía:

—Señor, inclina tus divinos ojos hacia la tierra y mírame. Tus castos labios han tocado no ha mucho mis hojas inodoras, y la preciosa sangre de tu frente ha caído en mi cáliz sin perfumes. Yo soy la planta más humilde y más modesta de Israel. Nadie me mira, nadie me coge con amor, porque no tengo virtud ninguna; pero Tú puedes hacerme inmortal concediendo á mi familia una gota de sangre en cada una de sus pequeñas y blancas hojas, y un poco del perfume de tus divinas palabras en la semilla que me fecundiza. ¡Señor, Señor, no te vayas sin concederme lo que te pido!

Jesús inclinó los ojos hacia el suelo. Aquella voz nacía del cáliz de una flor.

Compadecido el Nazareno ante la súplica de aquella débil planta, le dijo:

—Ya que has presenciado mi amargura; ya que Dios te concede por un momento el dón de la palabra, mi sangre esmaltará desde esta noche tus blancas hojas, y á esas tres manchas añadiré la corona de espinas que he de ceñirme mañana en la ciudad querida de los Profetas, y el perfume delicado de los lirios del valle de Zabulón.

—¡Señor, Señor, bendito seas!—volvió á decir la tierna florecilla.

Desde entonces crece en los campos una flor silvestre que ostenta en sus blancas hojas tres manchas de sangre que entrelazan una corona de espinas.

Esta flor se llama el *trébol de Judea*.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

JOYAS DEL ARTE ANTIGUO



LA EDUCACIÓN DE LA VIRGEN.

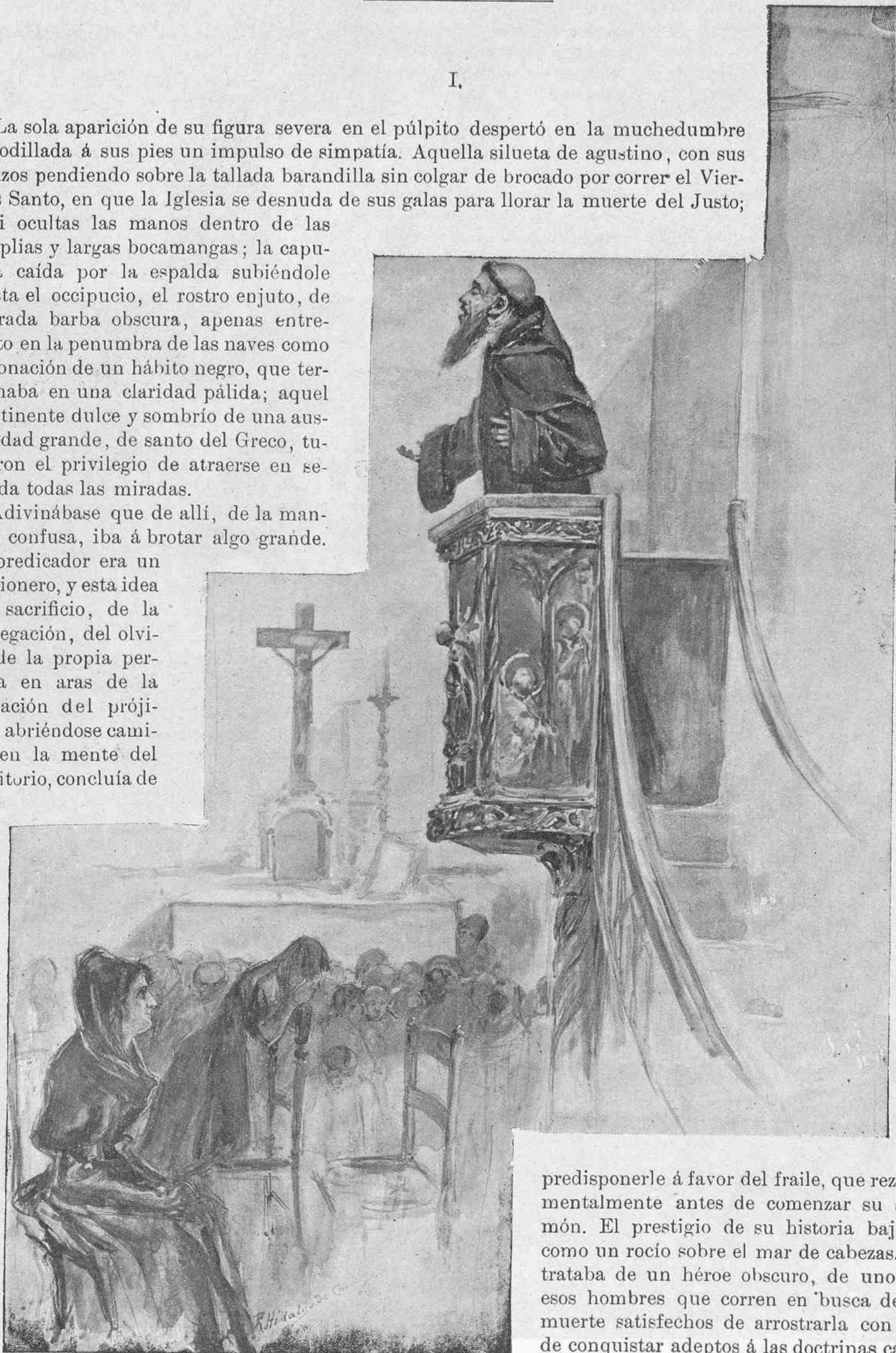
Célebre cuadro de Murillo, cuyo boceto fué sustraído del Museo del Prado de Madrid el día 5 del corriente.

EL PADRE AGUSTINO

I.

La sola aparición de su figura severa en el púlpito despertó en la muchedumbre arrodillada á sus pies un impulso de simpatía. Aquella silueta de agustino, con sus brazos pendiendo sobre la tallada barandilla sin colgar de brocado por correr el Viernes Santo, en que la Iglesia se desnuda de sus galas para llorar la muerte del Justo; casi ocultas las manos dentro de las amplias y largas bocamangas; la capucha caída por la espalda subiéndole hasta el occipucio, el rostro enjuto, de cerrada barba oscura, apenas entrevisto en la penumbra de las naves como coronación de un hábito negro, que terminaba en una claridad pálida; aquel continente dulce y sombrío de una austeridad grande, de santo del Greco, tuvieron el privilegio de atraerse en seguida todas las miradas.

Adivinábase que de allí, de la mancha confusa, iba á brotar algo grande. El predicador era un misionero, y esta idea del sacrificio, de la abnegación, del olvido de la propia persona en aras de la salvación del prójimo, abriéndose camino en la mente del auditorio, concluía de



predisponerle á favor del fraile, que rezaba mentalmente antes de comenzar su sermón. El prestigio de su historia bajaba como un rocío sobre el mar de cabezas. Se trataba de un héroe oscuro, de uno de esos hombres que corren en busca de la muerte satisfechos de arrostrarla con tal de conquistar adeptos á las doctrinas católicas, sin otro estímulo en la lucha con los

lejanos climas insalubres que la satisfacción íntima del deber cumplido, la mayor esperanza en la felicidad de la otra vida. «¡Padre nuestro, que estás en los cielos!».... se oyó decir en el púlpito á una voz suave y joven. Todo el mundo se dispuso á escuchar.

El tema del sermón de las Siete Palabras es acaso el de más sublime ternura, es el tema del dolor por excelencia. Las figuras de Jesús mártir en la cruz, muriendo afrentosamente por salvar á aquella misma humanidad que le sacrifica, consagrando los últimos alientos á perdonarla, y la de su Madre de hinojos al pie del madero santo, bañada en sus lágrimas que la nublan las pupilas, pidiendo en vano la salvación de la adoradísima vida que ve extinguirse, ofrecerán siempre materia apropiada á los buenos oradores sagrados para llegar al corazón de las muchedumbres. El éxito del misionero fué completo. Se le conocía el hábito de predicar en las selvas á las inteligencias primitivas, á las multitudes salvajes, á la luz del sol. Así no se perdió en alambicamientos metafísicos, no abusó de los gritos y exclamaciones; hizo una plática sencilla, familiar, sentidísima, llena de una piedad tan grande, que á seguida del breve exordio ya latía el corazón del auditorio con más fuerza. No se podía escuchar su voz flexible y sumisa al pensamiento friamente. Tenía algo de imploración, era una voz «de rodillas».

Hubo, sobre todo, una parte del sermón en que el llanto silencioso brotó en los párpados de los fieles que escuchaban. Fué ello la descripción del martirio de la cruz, hecha con tal colorido y una tan grande verdad, que pasó como un estremecimiento de horror por la muchedumbre compacta, impresionada por el relato naturalista del padre. Los relatos crueles y minuciosos, referidos por una voz convencida, hicieron ver á la gente el suplicio mejor que una pintura. Se reconstituía la escena, distinguíase al divino cuerpo desnudo, corriéndole la sangre por los miembros, rígido, pendiente del árbol trocado en instrumento de tortura. Cuando el padre terminó, quedóse allá abajo la multitud helada de espanto.

II.

Fué un apretujón formidable, de cuarenta ó cincuenta brazos. No hubo hermano de la cofradía del Sacro Entierro, ni teniente de la parroquia que no le estrechara felicitándole. Sobre todo la descripción del suplicio de la cruz. Había que acudir á los Santos Padres para encontrar iguales elocuencias. El agustino recibió los plácemes sonriendo con humildad, quitando mérito al sermón. El tema lo daba de sí. A la cernida luz de la sacristía pudo verse entonces que el misionero era como lo delataba la voz: un hombre joven, macilento por la penitencia, pero de ojos llenos de vida.

De pronto, apartando la gente, llegó hasta el agustino otro joven bien portado, uno cualquiera de los fieles que le habían escuchado, á juzgar por su traje de calle, diciendo en voz alta y anhelante:

—¡Félix! ¡Félix!

El agustino perdió su actitud humilde, irguióse súbitamente y abrió con espanto los ojos al ver al que le tendía los brazos. Pero su agitación fué un relámpago, serenóse en el acto, y recibiendo en su pecho al joven, exclamó con blanda alegría:

—¿Eres tú, Andrés?

El misionero condujo á su amigo á la antesacristía, y se refugió con él en el rincón más apartado. Y allí, en un relativo aislamiento, dijole el seglar al fraile:

—Te conocí por la voz en cuanto empezaste á hablar. La obscuridad de la iglesia me impedía distinguir bien tus facciones. Entré á rezar la estación y vislumbré en el púlpito un agustino. Vuestra Orden cuenta en su seno con grandes talentos. Alimenté la esperanza de oír un sermón selecto y me quedé. ¡Qué lejos estaba yo de que eras tú el que iba á pronunciarlo!

El agustino escuchaba sin desplegar los labios, poniéndosele el rostro cada vez más sombrío. Su amigo prosiguió:

—Todos tus condiscípulos te dábamos por muerto después de....

Detúvose perplejo, como el que se ha ido por un mal camino; pero el fraile intervino entonces y exclamó con melancólica resignación:

—¡No temas haber evocado en mi memoria recuerdos dolorosos! Acaba de pronunciar la frase: después de la fuga de mi mujer. Ya ves que á mí no me tiembla la voz. La meditación continua en aquellas soledades filipinas al servicio de Dios, con la muerte suspendida siempre sobre mi cabeza, me ha curado de estas miserias humanas. Al mes del golpe, hubiera matado ¡qué horror! á la desleal: ya la he perdonado. Es la carne flaca que sucumbe á la tentación, Andrés. ¿Por qué exigir á los pecadores lo que no pueden cumplir?

Hizo una pausa y el amigo murmuró:

—¡Mírese como se mire, fué una infame!

—¡Infamia que yo la agradezco, porque gracias á ella gozo hoy de esta felicidad suprema, que ¡perdó-

neme Dios la vanidad! pero creo que es la de los bienaventurados! Sin la traición yo no habría sufrido el martirio.....

A su vez, fué el agustino el que pareció arrepentirse de haber hablado de más. Su amigo balbuceó estupefacto:

—¿El martirio?

—Se me ha escapado— siguió el agustino.— ¡No; aun no he dominado las mundanas vanidades! Pues sí. ¿Sabes cuál es el secreto de haber descrito con tanta verdad el suplicio de Jesús? ¡Miral!

Y enseñó á Andrés dos manos, en las palmas y dorsos de las cuales veíanse dos cicatrices como de horribles desgarraduras. En aquella piel debía de haberse hecho un agujero alguna vez.

— A nadie se lo he dicho nunca, porque no debo gloriarme de ello: pero desempeñando mi misión en las islas fui crucificado por los indígenas, dejándome abandonado para que me matase el hambre y la sed ó me devoraran las fieras, y no me llevó Dios á su seno gracias á un convertido que me descolgó, conduciéndome moribundo á nuestro convento. No era llegada aún mi última hora, y vivo.

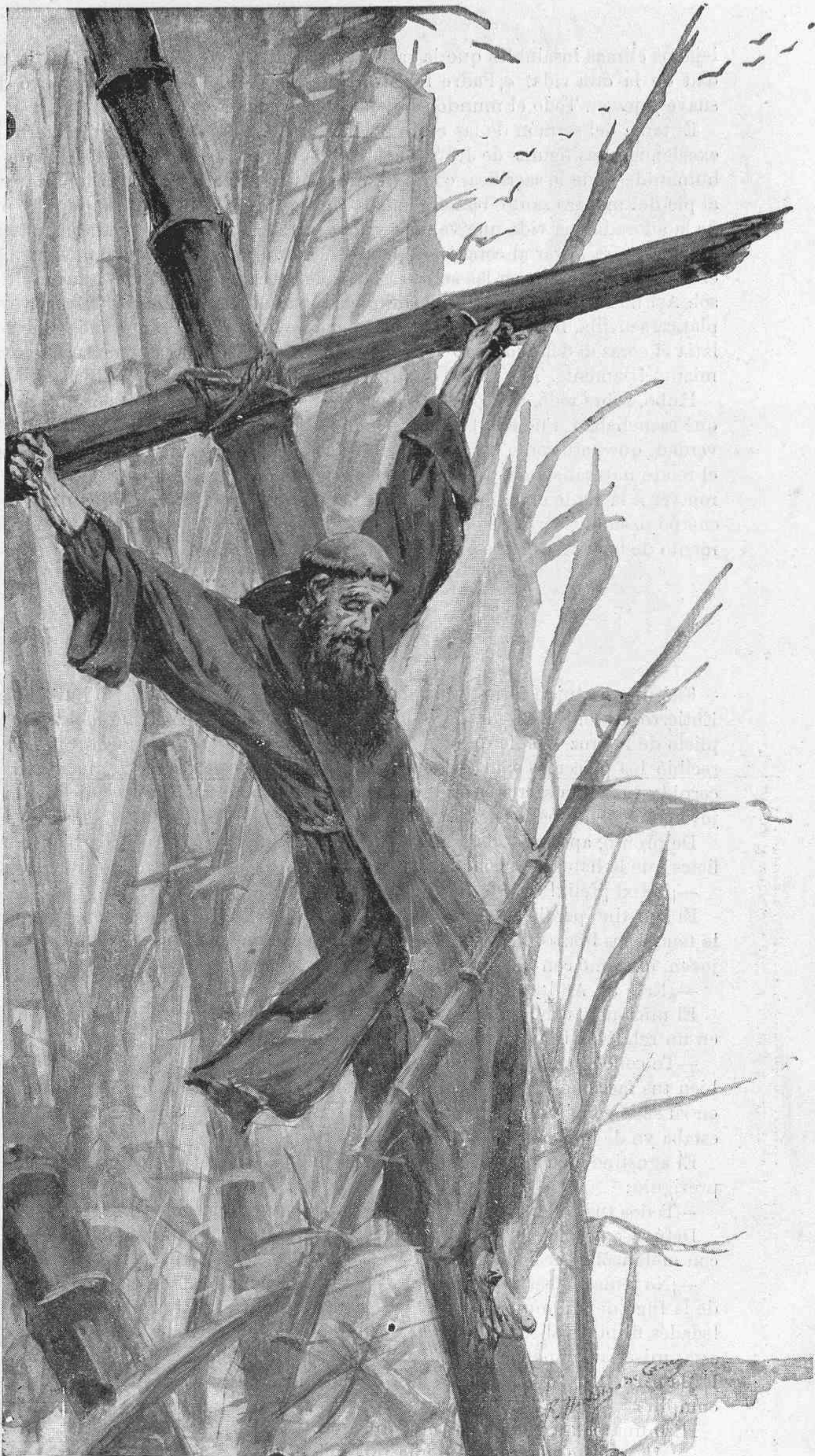
El amigo miró con veneración al agustino, y subyugado por aquel gran corazón que así sabía perdonar y morir por el prójimo, hizo ademán de arrodillarse, deteniéndole el fraile diciendo:

—¿Qué vas á hacer?

Y el amigo exclamó con vehemencia:

—¡Lo que mereces! ¡Besarte el borde del hábito!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



Precio del presente número en toda España, 20 céntimos.

MADRID.—EST. TIPOGRÁFICO «SUCESTORES DE RIVADENEYRA».